

**Carolina
Punset**

NO IMPORTA
DE DÓNDE VIENES

SINO ADÓNDE
VAS



ESPASA



Carolina Punset


ESPASA

ÍNDICE

<i>Las preguntas que todos deberíamos hacernos</i>	13
Sí se puede	23
Caballo de Troya	23
En campaña por una ecología activa	29
Donde las dan, las toman	32
La traca final	37
De cómo pueden comerte la moral	41
El precio a pagar	46
Sin etiquetas	48
Dos alternativas pero una única opción válida	53
Una obra de todos	59

Daltonismo político	61
La confusión entre el rojo y el verde	61
El caso de Marina Silva	64
La sustancia está en lo verde	67
Conflictos por incompatibilidad de caracteres ..	70
Militantes sandía	74
Testigo en primera línea	79
Respuestas complejas a problemas complejos ...	81
Somos necesarios	85
Un cambio de rumbo	90
El valor de la independencia	95
Una cantinela demasiado repetida	95
El mal de la ortodoxia y la disciplina	98
Ser detestado, esa es la cuestión	101
A la espera del milagro	106
El juego de los partidos	111
Buscando mi lugar	115
O verde o nada	119
Salir al trote	124
Política a escala humana	129
¿Seremos más felices?	129
Recuperar la cordura	140
El fracaso de lo «mega»	142
Tienes más poder del que crees... ..	144
... y más responsabilidad de la que reconoces ...	146
La tierra, sí, la tierra	149

La alternativa	153
La resistencia al cambio	153
El éxito silencioso de lo ecológico	157
Oportunidades que se dejan escapar	161
Luchar por lo esencial	165
Las personas no nacemos ecologistas	174
La buena política	177
 <i>Ahora sé</i>	 179

ANEXO

Eco-propuestas para ciudadanos activos

Utopías realizables	187
25 medidas de bajo coste por la ecología y la sostenibilidad	191
 Agradecimientos	 205

Las preguntas que todos deberíamos hacernos

Todos navegamos por la vida buscándole un sentido. Yo también quise encontrarle un sentido a mi vida. Un día me pregunté si los que nos dirigen no habían perdido de vista la premisa, tan evidente, de que se gobierna para hacer más felices a los ciudadanos. No somos solo las personas quienes buscamos respuestas, también la colectividad se esfuerza por encontrarlas. No lo hace por curiosidad intelectual sino por necesidad y sentido de la supervivencia. Los datos estadísticos de los últimos cincuenta años que contemplan suicidios, consumo de sustancias psicotrópicas, enfermedades mentales o depresión, muestran un aumento vertiginoso de estos males en todos los países desarrollados. La competitividad y el consumismo de la actual sociedad productivista, que tiene

como único objetivo engordar las cuentas corrientes, no parece que consiga que las personas se sientan mejor. Actualmente la felicidad está en claro retroceso.

Siempre entendí que el fin último de cualquier cargo público es llevar a buen puerto las reformas necesarias para mejorar no solo el bienestar material, sino el emocional de los hombres y mujeres a los que representa. Lo que todos nos preguntamos es si los que nos administran no lo habrán olvidado, concentrados como están en colmar nuestro insaciable apetito consumista, en aumentar la producción, en que la economía crezca, al tiempo que olvidan por completo al individuo. Lo primero que tendríamos que exigir como sociedad es que la finalidad de la acción política no fuera únicamente la de seguir dando cuerda indefinidamente al modelo productivista, sino la de hacer más felices a los ciudadanos.

Ya en el siglo XVIII se ponía de manifiesto hasta qué punto la política es un instrumento que está al servicio de los hombres y mujeres para alcanzar mayores cotas de seguridad y felicidad:

Sostenemos por sí mismas como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen

entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene el derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad (...).

Declaración de Independencia
de los Estados Unidos de América, 1776

Es difícil definir la felicidad, como también lo es definir la belleza. Pero todos sabemos lo que sentimos cuando nos referimos a ella o por lo menos lo intuimos. Los estudios científicos relativos a la felicidad aseveran que, una vez cubiertas las necesidades básicas del ser humano, el grado de felicidad no depende ni del dinero ni de los bienes materiales, sino que tiene mucho más que ver con la plenitud de las relaciones afectivas, personales y familiares. Por otra parte, todos los expertos coinciden en que la preservación del entorno y el medio ambiente contribuyen de manera determinante a hacer una sociedad más feliz, y en cambio la competitividad extrema y el consumismo desaforado conllevan mayor angustia.

Esta reflexión que pudiera parecer demasiado abstracta o filosófica tiene que bajar al mundo real. Debemos conseguir que sea interiorizada por todos.

Solo entonces aunaremos suficientes voluntades como para exigirlo en campaña electoral. El día que oigamos a algún periodista preguntarle a un candidato si la finalidad de la economía es crecer indefinidamente, y si así fuere, dónde está el límite, será un momento revolucionario.

¿Qué crecimiento es compatible con el mantenimiento del entorno, con la preservación de la naturaleza? Cuando el ecologista galo Nicolás Hulot preguntó esto al público asistente en el discurso inaugural del congreso fundacional del partido verde francés (Europe Ecologie-Les Verts), oí a muchos de los asistentes responder entre el público: «¡Ninguno!». Prefiero pensar que sus gritos no eran del todo ciertos, que su planteamiento es demasiado radical, pero no estoy segura. La indiscutible realidad es que, según el profesor de la Universidad de Pensilvania Jeremy Rifkin, llevamos décadas consumiendo tres barriles y medio de petróleo por cada barril nuevo que descubrimos y que la era del oro negro está llegando a su fin. El hecho es que si todos los países quisieran dilapidar al ritmo al que lo hacen los norteamericanos, necesitaríamos los recursos de cinco planetas como el nuestro para sobrevivir. Y si todos se empeñaran en malgastar como lo hacemos los españoles, nada menos que tres. Teniendo en cuenta que las materias primas y los recursos de nuestro planeta son limitados y se están agotando, ¿qué haremos en el año 2050, cuando

lleguemos a 9.000 millones de habitantes y la mayor parte de las materias primas y recursos naturales se hayan consumido? ¿Es sensato crecer indefinidamente entre un 3 y un 10 por ciento? ¿No es eso una contradicción?

Parece inevitable reconocer que lo es, aunque ningún partido político tradicional se atreva a cuestionarlo por miedo a perder votos. El movimiento ecologista sí lo hace, porque siempre ha sido lo suficientemente subversivo e idealista como para no aceptar esa fatalidad que nos venden como irremediable. Fue el primero en cuestionar el gran tabú del crecimiento y en plantear la necesidad de autoimponernos algún límite. Fue el primero que se atrevió, incluso, a plantear que era necesario un decrecimiento o, al menos, un decrecimiento selectivo en aquellos sectores que resultan más perjudiciales para el medio ambiente, como los que dependen de combustibles fósiles. La ecología política es la única que plantea fórmulas alternativas para el nuevo siglo XXI. Frente a ella solo están los sistemas caducos del XIX, liberalismo y socialdemocracia, que parecen estancados, incapaces de aportar nuevas ideas para salir del trance en el que nos encontramos.

Cuando en los medios de comunicación se habla del éxodo urbano al mundo rural de personas que ya no quieren vivir en la gran ciudad sino en el campo, personas a las que ya no les interesa dedicar el cien

por cien de su vida a competir y trabajar, se plantea de forma involuntaria la cuestión de cuál es la finalidad de nuestro destino. De hecho, se pone de manifiesto que ya ha empezado desde la base una revolución imparable de las conciencias. Existe mucha gente que, aunque todavía no sabe cómo parar, ya ha decidido que el fin último de su vida no es seguir consumiendo de manera esquizofrénica.

Nuestro estilo de vida no es producto de la reflexión, de la necesidad, sino de las conductas adictivas que decenio a decenio nos van haciendo dependientes y menos libres. Lo que en principio era un objeto de lujo (teléfono, coche, televisor, móvil, ordenador...) se convierte en pocos años en una necesidad básica. El escritor y profesor estadounidense Junot Díaz en una respuesta —aplicable al conjunto de nuestra sociedad— explica que, en sus clases de la Universidad de Massachusetts, ni siquiera sus alumnos de escritura creativa leen libros. En su entrevista explica «que no lo hacen porque están todo el día enganchados a sus maquinillas, pendientes de las redes sociales. Las corporaciones invierten miles de millones de dólares para asegurarse de que así sea (...) Para cada instante de ocio hay un artilugio de consumo al que son adictos. Los jóvenes son consumidores a quienes no se deja en paz un solo instante».

Son necesidades que nos va creando el sistema, que nos subordinan y nos hacen más débiles. Incluso

los que estamos convencidos de su maldad intrínseca no podemos evitar caer en multitud de incoherencias y contradicciones. Yo misma me sorprendo a menudo comprándome zapatos u otros objetos porque sí, por el simple hecho de que me han gustado, sin precisarlos lo más mínimo. Muchas de las cosas que adquirimos ni son esenciales, ni tan siquiera útiles. Una verdadera orgía bulímica, una sociedad de la abundancia que tiende a acumular como lo haría el que padece un síndrome de Diógenes.

¿Realmente nos haría menos felices consumir productos locales y de temporada en lugar del surtido exagerado que nos ofrecen las grandes superficies? ¿Sería demoledor para nuestro bienestar que nuestros vehículos no se alimentaran con petróleo y que su velocidad y autonomía estuvieran claramente limitadas? ¿Nos haría sentir peor reducir a la mitad nuestro consumo de energía o de carne? La experiencia nos ha demostrado que somos capaces de ser austeros y, al mismo tiempo, estar satisfechos. Cabe una sociedad frugal y sobria, pero igualmente feliz.

Entonces, ¿cómo podemos emprender el cambio de rumbo que demandan las circunstancias? ¿Cómo podemos reinventar en verde nuestra forma de desplazarnos, de alimentarnos, de vestirnos, de cultivar, de producir energía, de consumir y de vivir? Para conseguirlo solo se requiere una cosa: aunar la puesta en marcha de una reglamentación (a escala nacional e

internacional) que lo favorezca, con la adopción por parte de todos nosotros de medidas en nuestra vida diaria que contribuyan a ello. Si esto ocurre, se habrá iniciado el camino de transición para salir de la actual sociedad de consumo. Desplazarnos mayoritariamente con carburante no contaminante. Alimentarnos con producto fresco, local y de temporada. Reducir nuestra ingesta de carne y pescado. Cultivar sin envenenar la tierra. Ahorrar energía y reducir nuestra dependencia de los combustibles fósiles en favor de las energías limpias y renovables. Tendremos que tomar, entre otras muchas decisiones, la de favorecer el reciclaje y la reparación frente a la compra (el fin de la obsolescencia programada) y apostar por la educación, la investigación y la innovación. Si bien estas y otras muchas iniciativas individuales son muy loables y absolutamente necesarias, no bastarán si constituyen meras acciones aisladas. Por eso se impone, al mismo tiempo, aprobar una regulación conjunta a gran escala por parte de las autoridades competentes, en nuestro caso, las europeas. Ni siquiera hará falta inventar ese cuerpo legal porque las propuestas de la ecología política existen ya, son muy concretas y están plasmadas en un documento llamado «Green New Deal», un texto lleno de directrices que se puede consultar en <http://greennewdeal.eu> y que constituye una llamada al sentido común.

Lo «bio», «lo verde», está condenado a ponerse cada vez más de moda porque la naturaleza es un bien cada vez más escaso, más precario, más difícil de encontrar y más caro. El lujo del siglo XXI, también entre los ricos, pasará por mostrarse cuidadoso con el medio ambiente, por poder disfrutar de una playa virgen, de un baño en un río con aguas cristalinas, de una noche en la montaña en la que el único ruido que se pueda escuchar sea el de las hojas agitadas por la brisa nocturna. Si no detenemos la espiral de destrucción del entorno en la que estamos sumidos, esos bienes serán, en una primera etapa, accesibles solo a unos pocos privilegiados que se lo puedan pagar. Posteriormente, si desaparecen, ni siquiera esa minoría de elegidos los podrá disfrutar. La naturaleza, ese patrimonio de la humanidad que es de todos, de los que estamos ahora y de los que estarán en el futuro, debería ser preservada a cualquier precio porque constituye la esencia del bienestar personal y social.

Según el autor de *La causa social y ecológica*, Hervé Kempf, «siempre hemos consumido un exceso de recursos naturales más allá de nuestras necesidades materiales para competir con los demás: las clases altas, para deslumbrar a los demás individuos de clase alta, y las clases bajas han imitado —o al menos lo han intentado— el lucimiento de gasto de las altas para sentirse ascendidas socialmente». Lo que él propone es una revolución pedagógica, «una cruzada estética

para afear la sobreexplotación del planeta por mera vanidad. Hay que reivindicar la sobriedad. (...) cuando alguien quiera instalar una fábrica o una granja en un valle idílico con un río virginal, y ensucie y contamine ese río —o esa playa— de todos para poder comprarse con las ganancias una mansión gigantesca o... ¡un Rolex de oro!, que todos le digamos que esa conducta es hortera, ignorante y nos perjudica a todos».

Iniciar el camino de transición hacia otra sociedad voluntariamente tiene una ventaja fundamental: seremos nosotros y no los acontecimientos sobrevenidos los que marcaremos los tiempos y el plan de acción. Lo haremos comprendiendo que no constituye una pérdida de libertad, sino que supone la condición para que exista esa libertad. Lo haremos dándonos cuenta de que el progreso no se construye solo con adquisiciones materiales, sino también con renunciaciones, tomando conciencia de nuestros límites y también de nuestra desmesura. Lo haremos reconociendo que esquilmar los recursos naturales del planeta es el paso previo y necesario a la injusticia, la insolidaridad, la discriminación y el conflicto social.

En cualquier caso, no serviría de nada que emprendan el cambio solo unos pocos, una minoría de convencidos. Este cambio de conciencia será un cambio de conciencia colectivo con el concurso, la colaboración y la ayuda de todos, o no será.